

do, como alguno ha llamado á los antiguos mexicanos, iban á hablar la bella lengua del pueblo heroico por excelencia; iban á familiarizarse con los autores clásicos tan apreciados en esa época del renacimiento de las letras; iban finalmente á proporcionarse el medio de aprovechar el gran tesoro de la erudición cristiana.

Spontáneamente se ocurrió comparar aquellos pobres indios que por su aplicación llegaron á expresarse en latín como muy Cicerones, según afirman escritores contemporáneos, con nuestros actuales sabios que en medio de su ilustración apenas conocen el nombre del genio de la oratoria. Profundamente sentimos el penoso abandono en que ahora se tiene á la lengua clásica. En los programas de estudios ó planes de enseñanza, figura el aprendizaje del latín, pero en la realidad se le da un lugar tan

secundario, más aún, tan accesorio, que, siendo lengua difícil, no solo no se aprende, sino que los alumnos la miran con cierto aborrecimiento.

Después del latín vino el estudio de la filosofía y en seguida se procuró la instrucción profunda en los santos misterios de nuestra fe católica.

Este célebre colegio de Sta. Cruz, atravesando por mil vicisitudes pudo durar hasta fines de la pasada centuria.

Por el mismo tiempo que el colegio de Sta. Cruz tuvo principio el de S. Juan de Letrán cuya fundación atribuyen algunos á Fr. Pedro de Gante, y otros al virrey Mendoza. En 1557 se le hizo escuela normal y duró hasta mediados del presente siglo bajo la acertada dirección del Sr. D. José María Huvalde. (1)

(1) Nota de los E.E. de la Hist. de la Comp. de J. en N.E. por el P. Alegre. — El Diccionario de

Además de estos insignes colegios establecieronse otros, al paso que iban los franciscanos iban haciendo sus fundaciones de conventos o centros de misiones.

Tras de los humildes y beneméritos frailes de S. Francisco vinieron los dominicos, más tarde los agustinos y es natural que desde luego atendiesen al arreglo de sus estudios para que pudiesen hacer carrera los jóvenes que quisiesen seguir la vida religiosa. Lo mismo en todas partes que en la capital al lado del convento, invariablemente se levantaba una escuela. A este propósito recordamos que Fr. Gerónimo de Mendieta, describiendo las primitivas casas de los religiosos, dice, que todas guardaban la misma traza, la iglesia mirando al poniente, las escuelas al norte de la

Historia y Geografía atribuye la fundación de este colegio a Fr. Pedro de Gante y fija la fecha en 1529.

iglesia etc. (1)

En 1553 se fundó la Universidad de México que fue, durante tres siglos, el más grande, el más fecundo y el más respetable de los establecimientos científicos de toda la América.

Año tan feliz para las letras mexicanas fue el de 1572, como desgraciado fue el de 1767, aquel por la llegada de los padres jesuitas, este por su bárbara expulsión. Enemigos poderosos han tenido siempre, supuesto que cuentan una multitud considerable de expulsiones de todos los países y extinción en tiempo del Papa Clemente XIV; pero en medio de las terribles tempestades que los han combatido, se ve que el buen sentido, la honradez, la virtud y sobre todo, el sincero amor a la ciencia les hacen justicia. A sus insinuaciones debió Méxi-

(1) Historia Eclesiástica Indiana

co el Colegio Mayor de Sta. Maria de todos los Santos. Creacion de los jesuitas fue el famoso Colegio de S. Pedro y S. Pablo cuyas clases empezaron en 18 de Octubre de 1574, colegio que se incorporó, o por decirlo mejor se refundió en el de S. Ildefonso. Los mismos padres, en 1575 establecieron el Colegio de S. Gregorio para jóvenes indios: este colegio tuvo todavía no escasa importancia bajo la direccion de D. Juan Rodriguez Puebla. Los colegios que podemos llamar menores, de S. Bernardo y S. Miguel, se redujeron tambien al de S. Ildefonso que recibió el título de Real Colegio por haberlo tomado bajo su proteccion los reyes de España.

En fin los estudios dirigidos por los jesuitas eran centros de sólido saber y sus fincas eran monumentos de arquitectura convenientemente adaptados al objeto á que se destinaban. No se limitaron

á vivir en la capital del Virreinato, se extendieron por muchas partes; regularmente se les llamaba con instancia ^{inter} para fundar colegios ó para dirigir los ya fundados y siempre iban precedidos de la fama de excelentes maestros y prudentes directores. Particularmente en la capital del reino de Michuacan, la antigua Valladolid, (hoy Morelia), Oaxaca, Puebla, Veracruz, Guadalajara, Zacatecas, Durango, Guanajuato, Tepotzotlán etc., testigos son de los afanes de estos santos varones honra purísima de la Iglesia, á quienes, los más ruidosos odios, la urdimbre de las más increíbles mentiras por parte de tan malvados como astutos ministros y la culpable condescendencia ó la necia credulidad de un monarca arrojó de los dominios españoles en el año ya dicho de 1767. (1)

(1) Para estas noticias de los colegios fun-

Los obispos por obligación tenían que mirar con preferencia el establecimiento de los seminarios, para cumplir así con lo prescrito por el Concilio Tridentino. En todos estos colegios figuraban como parte esencial en los estudios, los cursos de artes, pues eran conditio sine qua non para ascender a los estudios profesionales.

dados por los jesuitas nos ha servido la lectura de la preciosa obra histórica del P. Alegre "Historia de la Comp. de."

Capítulo V. La Universidad de México.

I. Fundación de la Universidad.

Los españoles, como es natural, debieron conservar muy vivos los recuerdos de su amada patria, de la cual los separaba el dilatado mar y á la cual no podían volver sino emprendiendo un largo y penoso viaje. Acostumbrados á cierto género de vida, esto contribuyó sin duda á que procuraran organizar la nueva sociedad de manera que, en cuanto posible fueran no echasen menos los hábitos de España.

Siempre sea aquel en que las Universidades de Europa habían llegado á su apogeo